

Breve Exordio.

VARON sabio, ciertamente entre los primeros de nuestra época, que nació por aquel tiempo en que se había embotado el buen gusto por las ciencias en la Nueva España. El, sin ningún maestro, sin ningún guía, se formó un paladar refinado y por sí solo descubrió los mejores principios de todas las ciencias. Por todos conceptos es digno de que lo recordemos entre los Mexicanos ilustres.

Lugar de nacimiento. Linaje de sus padres.

Este fue José Rafael Campoy, que tuvo por suelo natal una ciudad de Sinaloa, que los indígenas vulgarmente llaman *Los Alamos*, por la abundancia de estos árboles en aquel lugar; y por esto el mismo Campoy llamó en latín a su ciudad *n a t a l*, *Populópolis*, adaptándole el nombre. Era *Populópolis* uno de aquellos remotos pueblos contruidos a manera de fortaleza para defensa de los indios vecinos, no sujetos aún al dominio español; y precisamente la familia de los Campoy traía su origen de aquellos primeros defensores, beneméritos del Monarca Español y de su Patria. Esta familia, por estar tan lejos de las delicadas costumbres de las ciudades opulentas, había sido formada totalmente y perpetuada por varones magnánimos y vigorosos que vivían como bajo leyes espartanas, las cuales, sin embargo, eran suavizadas por la Religión Cristiana y por la abundancia de todas aquellas cosas que proporcionan una vida y posición honestas.

En una visita a aquellas regiones, el Marqués José de Gálvez se hospedó con la familia Campoy. La madre es Andrea Gastel, mujer también de rancio abolengo e ilustres parentescos.

Nacimiento y niñez. Primera juventud en la vigorosa vida del campo.

De Javier Campoy y Andrea Gastel, cuyo matrimonio fué muy fecundo, nació José Rafael el 15 de agosto de 1723, siendo regenerado en las aguas bautismales en la Parroquia de la misma villa.

Pasó su niñez como suelen pasarla la mayor parte de los niños en esos pueblos tan retirados del bullicio de las ciudades populosas. En esos lugares de América, pueden verse ordinariamente aquellas ingenuas costumbres y noble sencillez que distinguían a los tiempos primitivos de la humanidad. Probidad la más recta, hospitalidad, liberalidad generosa en dividir lo propio con

JOSE RAFAEL
CAMPLOY

Por Juan Luis MANEIRO

De la ilustre generación de Jesuitas expulsados a Italia en 1767 —bien conocidos ya sin duda en nuestro medio intelectual— se destaca el famoso grupo de humanistas, filósofos, historiadores, poetas, oradores, etc., que en Nueva España renovaron la cultura y en Europa manifestaron los valores patrios. Pocos desconocen quizá los nombres de Clavigero, Alegre, Abad, Landívar, Márquez, Cavo, Maneiro, etc.

Probablemente uno de los menos conocidos —y con menos justicia— sea el P. José Rafael Campoy, a quien podemos considerar como el decano del grupo. Decía con menos justicia, porque por los datos del biógrafo, parece haber sido el primero que en medio de ellos se preocupó por corregir los defectos de método, enseñanza y educación y los errores de actitud orientación y doctrina. Es el de más edad del grupo, y en él reconocen todos como al hermano mayor, a quien acuden en las dudas y dificultades y a quien siguen en la preocupación y en los ideales. Quizá no tenga la seriedad y rigor

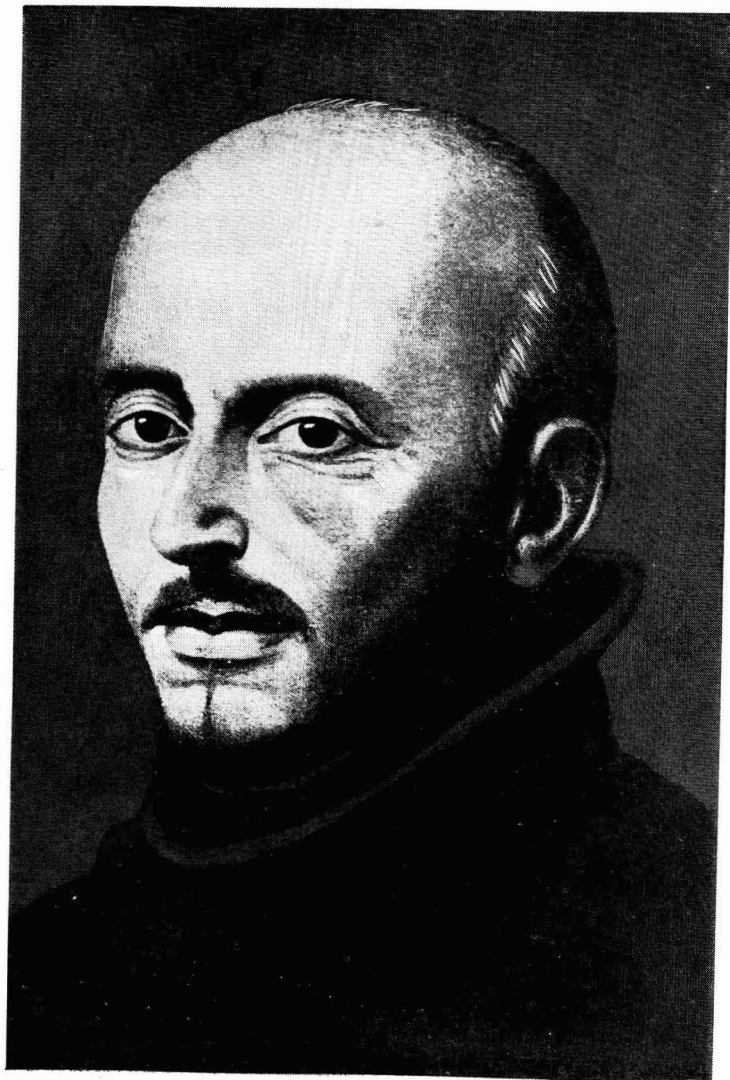
de Clavigero, o la libertad y cun audacia de Alegre: sin embargo, le cabe el mérito de ser el primero y de haber recibido quizá las más duras represalias.

En lo humano, su vida es indudablemente la de más interés por sus contrastes, por su color, por sus pocas pero sublimes alegrías y por sus largos infortunios. Desde la infancia tiene rasgos excepcionales, llenos de personalidad, de libre impulso, de nobleza. Esos trazos de originalidad lo hacen a veces parecer un ser extraño, medio soñador, demasiado idealista.

Creo que a todo lector ofrecerá el biógrafo un gozo literario y humano con estos apuntes llenos de compañerismo, afecto e ingenua sencillez, en cuya traducción deseamos nosotros haber dejado su sabor o su encanto.

Próximamente la Universidad, en su Colección del Estudiante Universitario, publicará cinco de estas Vidas de Mexicanos Ilustres, de una de ellas ahora la Revista Universidad avanza una selección.

BERNABÉ NAVARRO



el amigo, con el vecino, con el pobre, así como amor de una sana libertad, congruente con la dignidad del hombre; obediente reverencia al supremo magistrado, así como los tributos a cualquiera que hace sus veces: estas son las virtudes casi comunes entre aquellas gentes. Y por la misma razón por la que decía César que los Belgas eran los habitantes más poderosos de la Galia —esto es, porque raramente se acercaban a ellos quienes introdujeron todo aquello que enerva los ánimos—; por esa razón, digo, en aquel alejamiento de las ciudades de hombres refinados, crecían jóvenes verdaderamente vigorosos. Pues, así como en otras partes casi no hay nadie que quiera ceder en talento, así entre aquellas gentes no se encontrará ningún adolescente que acepte ser inferior en fuerzas a otro.

Viven en su mayor parte de leche, trigo y carne, y están muy lejos de los condimentos apicianos, que fueron inventados más bien para excitar la gula que para nutrir el cuerpo. Provocan y atacan a los becerros, les clavan dardos, los afrontan con lanzas al embestir con los cuernos, o flexionan el cuerpo con admirable destreza y esquivan el peligro. O también abaten a la fiera indómita, se montan sobre ella, la cabalgan como domadores y permanecen largo tiempo sobre aquella piel tan extraordinariamente escuadrada. Se sostienen firmemente en los caballos, avanzan en velocísima carrera, y ejecutan admirables hazañas de este género, que dejan estupefactos a los extranjeros que las miran, no acostumbrados a tales proezas. Corren además a pie, luchan, saltan, juegan a la pelota a mano desnuda, manejan varias clases de armas, visten burdos paños y también se saben defender en las escaramuzas contra los flechadores circumvecinos.

Estos son los ejercicios en que en aquellas tierras se adiestran los jóvenes y en los que suelen ya sobresalir cuando apenas llegan a los años de la pubertad. No es de admirar, pues, que de tal formación en la edad tierna, salgan después hombres de gran fuerza corporal, por una parte y por otra, de elevadas prendas de espíritu, ciudadanos utilísimos a la patria, grandes sostenedores de la palabra empeñada y fidelísimos gobernantes. Que Campoy fue educado en estas costumbres, lo demostraron suficientemente tanto sus fuerzas corporales por las que fue famoso desde su primera juventud, como aquella sólida virtud con la que durante el curso de su

vida hizo frente impertérrito a la fortuna siempre adversa.

A los ocho años es enviado a México a hacer sus estudios desde las primeras letras. Estudia éstas con los P. P. Belemitas. Inicia luego los estudios superiores en San Ildefonso. En ambos le tocan algunos maestros de gran rigor, que lo hacen interrumpir sus estudios.

Mas Campoy, estando dotado por la naturaleza de cierta elevada índole y educado en su tierra natal según principios más liberales y humanos, y habiendo experimentado ya antes el rigor de un maestro en el Colegio de los Belemitas, juzgó que no podría, absolutamente, soportar a este nuevo maestro, tan áspero en sus palabras y en sus hechos. Pues en su clarísimo entendimiento brillaban ya entonces ciertas nociones precoces de la humana nobleza con que los maestros deben tratar a sus discípulos; meditando insistentemente en que él era un hombre, semejante al maestro, dotado de razón, a quien no se debía tratar con ofensas y amenazas y azotes como a los esclavos, sino que mostrando benevolencia y amabilidad, debían atraerlo suavemente, como a joven noble, a la formación cristiana, civil y literaria. Pues aún no poseía un juicio tan experimentado y prudente, que pudiese comprender a perfección cómo debemos obediencia a los que nos gobiernan y cómo no porque aquél a quien están subordinados no comprenda, o no conozca, o quizá desprecie la recta forma de ejercer su cargo, por esto les sea lícito a los súbditos abandonar su deber. Por lo cual determinó retirarse ocultamente del seminario y buscar otro medio de vivir, estando firmemente convencido de que la severidad y el rigorismo de aquel maestro, hería injustamente la dignidad humana, la injuriaba y la despreciaba.

Fuga del Colegio. Sirve como humilde criado

A ningún mortal comunicó sus determinaciones; se escapó solo; no sé en qué rincón estuvo escondido largo tiempo; en cuanto a la toga y el uniforme, que son distintivos de los alumnos, los rasgó, vendió a vil precio los pedazos; compró un sombrero y con sólo la ropa ordinaria, aquel digno adolescente de catorce años tomó a pie el camino hacia la Villa de Guadalupe, a tres Kms., de la ciudad de México. Después de vender ahí las hebillas de plata de sus

zapatos, sin saber a dónde ir y sin conocer los caminos, se abandonó a la suerte y casualmente prosiguió por aquel camino que lleva a Tepetzotlán. Mas luego de caminar un poco, creyó conveniente quitarse los zapatos, que sin hebillas para sujetarlos, más bien le servían de estorbo que de ayuda al caminar.

Había andado ya como 20 Kms., cuando de improviso se encontró frente una viuda campesina y particularmente achacosa, cuya pequeña casa campestre se hallaba entre Cuautitlán y Tepetzotlán. Se atreve a hablar con ella, ofreciéndole servirle, convienen en el precio, y he aquí a Campoy trasladado de los estudios a los servicios domésticos. Inmediatamente encomendó a su cuidado sacar agua de un pozo, echar los alimentos a los puercos y a las gallinas y otros innobles servicios semejantes, a los que nunca había estado acostumbrado. Sin embargo, prestar estos quehaceres serviles no era lo que más cansaba su paciencia; mucho más insupportable fue para él tener a cada momento que disputar y pelear acaloradamente con aquella vieja ignorante, cuantas veces le ordenaba ella algo con necesidad o le hablaba imperiosamente. Pues Campoy, mostrando ya desde el tiempo de su mocedad una admirable prudencia, y estando conformado por un fuerte impulso natural para abrazar y defender la verdad y la rectitud aún en las cosas más pequeñas, procuraba con muchas razones convencer a la neurasténica viuda de que debía desistir de sus necesidades. Y en medio de tantas cosas absurdas de aquella servidumbre, que después contaba a un íntimo amigo suyo, vió más claro que la luz, con cuán maduro juicio, había dicho Tulio: *Es indigno del sabio depender de las palabras de los necios.*

El Rector del Colegio toma todas las providencias para encontrar al fugitivo, lo que se logra al fin. Se juzga prudente alejarlo un tiempo de los estudios. Al reanudarlos, se encuentra felizmente con excelentes compañeros, que mutuamente se estimulan al estudio, sobresaliendo Campoy por su talento y su precoz prudencia.

Campoy cada día desarrollaba más su entendimiento y queda aún hoy un testigo ocular que nos aseguraba que en aquella edad el joven Campoy había llegado a la más alta perfección en la filosofía peripatética. Y el nombre de Campoy era ya famoso por entonces no sólo entre sus condiscipu-

los o entre los otros alumnos del mismo seminario, sino que con motivo del trato mutuo y de los certámenes filosóficos con los alumnos de las otras escuelas, hubo fácil coyuntura para que se difundiera su gloria literaria fuera de las propias aulas.

Ejercicios dialécticos en la Universidad. Brillantes dotes de Campoy. Corona felizmente sus estudios.

Había sido establecido, desde la fundación de la Universidad Mexicana, que los estudiantes de filosofía, aunque escucharan a otros maestros—cada uno al suyo en la propia escuela—, sin embargo, todos juntos y cada día por la mañana, antes del tiempo destinado a sus particulares clases, acudieran a los Maestros comunes de la Universidad. Determinación en verdad conveniente, sea para acrecentar el honor de la Universidad como madre común de todas las escuelas; sea para que la juventud se instruyese más abundantemente; sea en fin para que los jóvenes, al trabajar entre sí amistad, rechazaran ciertos cuentos absurdos sobre los autores de las doctrinas contrarias, se acostumbraran a salir al sol y al polvo, aprendieran a conocerse mutuamente, se abstuvieran de opiniones determinadas por prejuicios: pues de otro modo, miserable y vergonzosamente nacen, se fomentan, se hacen viejos los recíprocos odios de los partidos, casi por naderías y bagatelas, con no pequeño detrimento de los estudios. Así pues, todos los días en la Universidad, los alumnos de las diversas escuelas escuchaban en común a uno de los Doctores durante una hora íntegra; y bajo su dirección cada cual defendía alternadamente su propia doctrina.

La fama de Campoy se extiende entre los jóvenes y en los Colegios sus maestros lo colman de alabanzas. En las disputas y ejercicios académicos muestra cualidades extraordinarias. En compañía de Abad (Diego José) logra los primeros lugares.

Entrada en la Compañía. Noviciado. Estudios de Humanidades. Maduración de su talento.

Pero Campoy era de esos jóvenes de prudente y sólido juicio, a quienes ni la fortuna ni la ciencia de las cosas embriaga a tal punto que desprecien la salud del alma a cambio de los honores del mundo o de los nuevos conocimientos. Por lo cual, siendo llamado por Dios a la humildad de la Compañía, inmediatamente dijo

adiós a sus padres y a la esperanza de dignidades que por su ciencia y linaje nadie dudaba algún día se le concederían. El 26 de noviembre de 1741 partió a Tepetzotlán, donde después de terminar religiosamente el bienio de noviciado y pronunciar según costumbre los tres votos, se dedicó al estudio de las bellas letras en el Seminario del mismo Colegio. Fue entonces cuando formándose un juicio cada vez más maduro, repentinamente resplandeció una luz en el entendimiento de Campoy, y encaminado solamente por esa luz, como que se liberó de las tinieblas, no teniendo ya en adelante necesidad de maestro alguno para alcanzar en un sentido verdadero y genuino el buen gusto para todas las ciencias. Habiendo sido acérrimo en las disputas filosóficas, veneraba y estimaba grandemente a Aristóteles, de quien se había creído discípulo sólo porque había aprendido en la escuela a debatir agitadamente y vociferar sobre unas cuantas tesis, casi sin utilidad alguna. De esta admiración que tributaba su mente al príncipe de los peripatéticos, le vino el deseo de leer su Retórica y su Poética. Y al hacerlo con diligencia, se quedó completamente atónito y apenas daba fe a sus ojos al ver que diferente era este Aristóteles que ahora leía y estudiaba, de aquel Aristóteles, disputador de sutilezas que él se había imaginado por las falsas leyendas de aquellos que se proclamaban discípulos del príncipe de los filósofos. Del mismo Aristóteles leyó también con atenta meditación los Tópicos, comentados tan agradable, copiosa y elegantemente por Cicerón; de los cuales, así como de los Académicos y de otros libros del Orador Romano, es verdaderamente admirable cuántas luces sacó para utilidad de sus estudios. Y así aprendió con su solo criterio, sin explicación de maestro alguno, qué enorme diferencia hay entre el verdadero sabio y el eterno disputador de bagatelas. Partiendo, pues, de estos como principios de una más sana cultura, engrandeció a Aristóteles principalmente porque en todas sus obras, ya en la Retórica, ya en la Poética, en la Lógica o en la Política, siempre este filósofo, de talento verdaderamente el más grande, se consagró totalmente a la búsqueda de la verdad.

Más lo que sobre todo determinó que la excelsa inteligencia de este joven se perfeccionara más y más, fue aquella profunda meditación que empleaba en la lectura de los autores de mejor buen gusto. Cierta día se solazaba, solitario, en el jardín privado, sos-

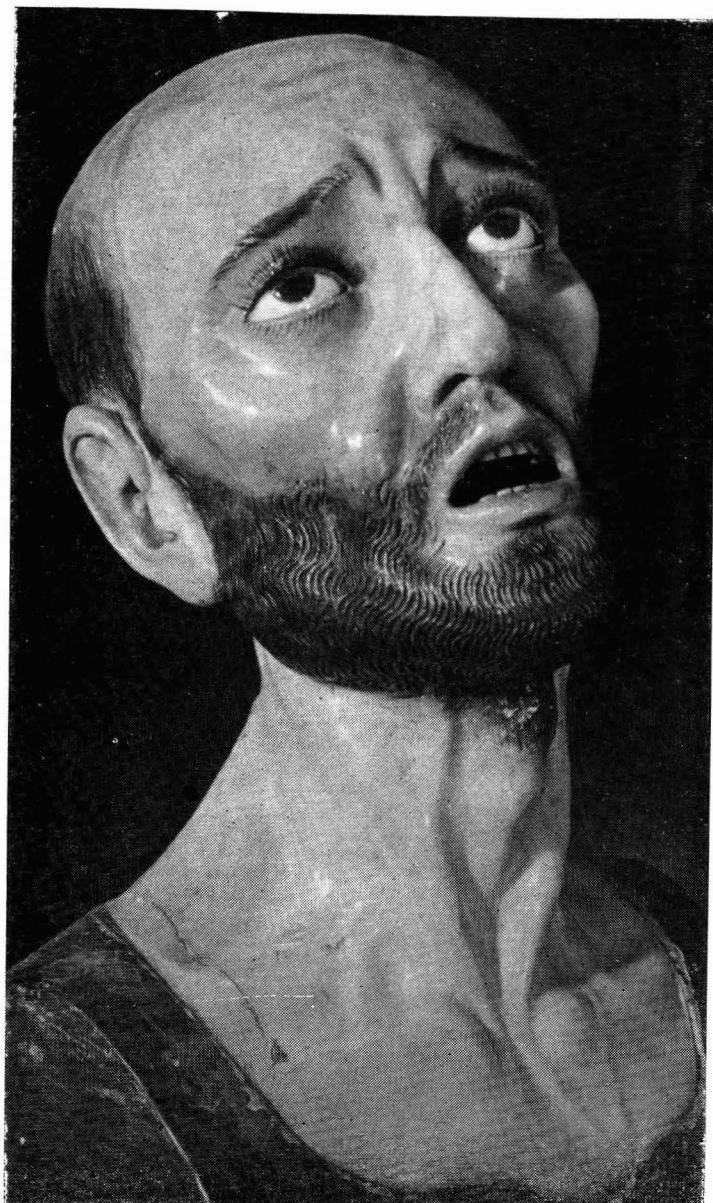
teniendo en sus manos no sé qué libro de Cicerón, ciertamente de los filosóficos, que meditaba con atentísimo pensamiento, cuando de repente, inundado de increíble gozo e introducido por una luz nueva a una región extraña, exclamó: *Verdaderamente este hombre es de criterio segurísimo en sus argumentaciones. El, contado por su saber entre los primeros que ha tenido la república literaria, ponía todos sus esfuerzos en alcanzar la verdad. ¡Oh Santa Verdad! ¿Cuándo resurgirá aquella edad de oro en que los hombres seamos tan sinceros, que en las disputas confesemos algunas veces: dudo sobre esto, esto otro apenas lo comprendo, aquello lo ignoro completamente?*

Desde este momento de su vida, no hubo en los estudios de Campoy sino solidez y extirpación de prejuicios. Y entonces contempló con su mente un piélago de vasta inmensidad, donde obtener un juicio recto en todas las ciencias. Por lo cual, siempre tuvo como algo sagrado en cualquier cosa que leyese o tomase para aprender: buscar dondequiera la verdad, investigar minuciosamente todas las cosas, escudriñar lo intrincado, distinguir lo cierto de lo dudoso, despreciar los inveterados prejuicios de los hombres, pasar de un conocimiento a otro, eliminar las palabras poco aptas, que indudablemente complican y obscurecen cualquier tesis propuesta.

Debido a la situación de los estudios en la época, se ve obligado a formarse e instruirse por sí mismo. Al terminar sus estudios de Humanidades, es enviado a enseñar Filosofía en Puebla, y después Gramática en San Luis Potosí. Vuelve a México para dedicarse enteramente a los estudios Teológicos.

Campoy, maestro y guía de la juventud

De este Campoy aún no hecho hombre, bebieron muchísimas luces en la comunicación de los estudios (para hablar sólo de los que han muerto): Galiano, Abad, Clavigero, Parreño, Alegre, Cerdán, Dávila, Cisneros y otros jóvenes de muy ilustre ingenio, que nacieron felizmente en México por esa época para una nueva estructuración de las ciencias. Ellos, jóvenes entonces, ciertamente no se avergonzaban de confesar más tarde, ya de hombres y cuando se contaban entre los literatos de primera fila (lo que nosotros escuchamos de algunos de ellos), que les sirvió muchísimo para el



Varones austeros, útiles

buen gusto en las letras, haberles tocado en ese tiempo afortunadamente tener trato con Campoy. Ni podría nadie escribir ciertamente el elogio de alguno de ellos, sin mencionar muchas veces el nombre de Campoy. Más aún, quizá alguno se atrevería a afirmar que así como Sócrates nació en su siglo como para crear la verdadera filosofía y difundirla; así también Campoy apareció en el suyo, para restaurar las ciencias entre los Jesuitas mexicanos. Tal renovación literaria no le significó ciertamente a Campoy tanto cuanto a Sócrates su filosofía, puesto que éste dió la vida por defenderla. No significó tanto para Campoy, repito, pero sí vió descargarse un cúmulo de infortunios, a los que sin duda habría sucumbido necesariamente, si Dios, que lo había suscitado para arduas empresas, no lo hubiese dotado de heroica fortaleza.

Defectuosos métodos de estudio en la época. Campoy sufre sus consecuencias

Habiéndose inveterado la corrupción de las bellas letras y habiéndose introducido in-

sensiblemente en las escuelas de estas naciones ciertos vicios en el estudio de las ciencias, el nombre de Campoy era proscrito por algunos como introductor de muy peligrosas novedades, como partidario de vanas fantasías científicas y como estudioso de infantiles naderías. A causa de dicho gusto tan depravado, se había hecho vieja ahí la costumbre de que en el examen anual que presentaban los Jesuitas estudiantes de Teología, se exigiese muy estricta cuenta de cuanto habían dictado los maestros en clase.

Mas a Campoy, cuyo espíritu estaba íntegramente dedicado a estudios sublimes y profundos, le era imposible perder su precioso tiempo en tales minucias. Y así sucedió, que quien había trabajado estudiando asiduamente a Sto. Tomás, a Suárez, a Petavio; quien no sólo había leído una o dos veces a Melchor Cano —tenido por él entre sus autores predilectos—, sino que lo había asimilado mediante larguísimas meditaciones; quien en esa edad ya habría podido quizá enseñar la Teología, sucedió, repito, que este joven de tanta doctrina al venir al exa-

men anual, no pudo dar razón de los dictados de sus maestros, dictados que no había atendido por estar engolfado en aquellos autores. Por esto sus maestros pronunciaron dictamen solemne, señalándolo con bola negra; y aplicado el castigo de la corrección pública, fué seriamente amonestado y obligado a que después de un determinado tiempo viniera de nuevo al examen, que debería presentar únicamente según los textos de la escuela, atendiendo así a la disciplina y costumbres establecidas.

Sobrellevó él con toda paciencia aquel infortunio; transigió consigo mismo en interrumpir un poco sus estudios; se dedicó a los dictados de sus maestros; y al presentarse en el día determinado, demostró abundantemente a todos que le había acontecido aquella adversidad no por falta de conocimientos, sino porque no había tocado ni con la punta de los labios aquellos escritos. No se escuchó en verdad una queja de su boca; y si hablaba del asunto con algún amigo, aseguraba en pocas palabras que le había sucedido aquello con razón, porque fácilmente podía haber descansado un poco de sus estudios para cumplir con una atención debida a sus maestros.

Infortunios académicos. Grandeza de ánimo

Los que lo trataban en la intimidad —después del trágico suceso—, extraordinariamente deleitados aprendían de su profunda erudición y entreveían su grandeza de ánimo y su modesta humildad. Pero otros se formaron muy diferente opinión acerca de Campoy. Pues por los falsos rumores, principalmente de dos o tres jóvenes (debido a la ligereza de carácter de la juventud ignorante), quienes se mofaban de aquella especie de enajenación mental que hacía a Campoy estar como embebido en sus meditaciones y casi olvidado de la vida y trato de los hombres; a causa de estos falsos rumores, repito, se había difundido entre el vulgo la opinión de que Campoy era sobre todo un aficionado a novedades y que había vertido todos sus sudores en aprender cosas que en absoluto engendran una ciencia sólida. También Demócrito fue en otro tiempo juzgado como loco por sus conciudadanos; pero así como en ellos se desvaneció aquella falsa apreciación sobre Demócrito, así se desvanecieron los prejuicios que muchos se habían formado de Campoy imprudente e infundadamente. Se desvanecieron ciertamente, pero tarde: cuando ya había encanecido en constante lucha

con la adversa fortuna y cuando, desterrado ya de México, no pudo ser elevado al magisterio. A los honores públicos, que se celebraban tres veces durante el curriculum de Teología y que eran distribuidos según la excelencia de los méritos, nunca fué llamado Campoy: y así, pasó el cuadrienio entero como si fuese uno de tantos; sin embargo, según el consentimiento de los compañeros que sobresalían entre los otros, era considerado fácilmente como el primero de todos.

Recibe las Sagradas Ordenes. A pesar de un brillante examen final, se le aleja de las cátedras. Su vida es dedicada íntegramente al estudio y a la observancia de la disciplina. Va a Veracruz, para encargarse de los ministerios propios del sacerdocio. Ahí desarrolla y perfecciona sus grandes dotes oratorias. Las relaciones de Campoy en esa ciudad ayudan mucho a la Compañía. Su fama de gran literato trasciende hasta la Península. Tiene dificultades en Veracruz por cierto sermón. Hace algunos estudios para el bienestar de su pueblo natal. Como actividad científica se consagra a exponer y comentar la obra de Plinio *De la Naturaleza de las cosas*.

Destierro y peregrinación a Italia

Haciendo estas cosas tomó a Campoy el común infortunio de los Jesuitas, al que presentó él un pecho esforzado y una noble grandeza de ánimo, aun cuando preveía, según la medida de su talento, una multitud inmensa de calamidades.

Nadie partió de la Nueva España más ligero que Campoy, nadie tampoco con más pobre equipaje; pues, como era de carácter acostumbrado a una severa gravedad, juzgó indigno de sí ir cargado de fardos y creyó le sería suficiente su persona dondequiera que habitase. Y en verdad, hizo el durísimo viaje entre incontables molestias de tierra y de mar, sufriendo con paciencia la sed, el hambre, las fatigas, mas contento con el gozo único de los libros, ya los pocos que él mismo había llevado, ya los que por fortuna pudo conseguirse. Y no dudamos ciertamente que en medio de aquellas agitaciones y movimientos, que acompañaron a la navegación conjunta de tantos hombres, Campoy fue uno de los más atormentados a causa de sus costumbres severísimas por naturaleza y por una prolongada observancia.

Reside en Ferrara. Educa a la juventud. Investiga Zoología y Botánica

Luego pues de varios sucesos cuando hubo llegado a Italia y se le ordenó establecerse en Ferrara, dispuso su vida de tal modo que pudiera con dignidad dedicarse al estudio según el pensamiento de Cicerón. Nunca dejó de prestarse con la mejor voluntad cuantas veces alguien quería tener con él una plática acerca de asuntos literarios; y hubo algunos jóvenes mexicanos, a quienes al acercarse a él para adquirir erudición, les mostró el mejor camino en el estudio de las ciencias y les señaló con el dedo las más puras fuentes donde saciaron su sed de aprender.

Aquí, por fin, casi no hubo nadie que no tributara justas alabanzas a la sabiduría de Campoy; aún más, sobreviviendo entonces alguno de aquéllos mismos que en otro tiempo habían despreciado sus estudios y lo habían asediado con insultos, comprendió ya con muy buena fe y confesó abiertamente que cuanto Campoy había aprendido de joven, sin orientación de maestro alguno, eran cosas verdaderamente útiles y dignas del hombre sabio; y que habían sido despreciadas en aquellas naciones las disciplinas más excelsas —a las que se consagró Campoy por tantos años— sólo por que los hombres de talento que florecían ahí entonces, se espantaban aun ante una sombra de novedad. Pero ¡por Dios inmortal!, cuantas veces nuevos estudios no sólo no atacan, pero si ni siquiera rozan levemente la santa ver-

dad de la fe, ¿por qué debemos temer ocultas maquinaciones en el ejercicio de aquella facultad que Dios dió a los hombres para cultivar su ingenio y para investigar la naturaleza de las cosas? ¡No pocas alabanzas, en verdad, deben tributarse a aquellos varones eminentes por su talento, beneméritos de las letras, que profundizando con sudores inmensos los nuevos estudios, tuvieron el poder de arrancar, a la naturaleza como decía Feijóo, los misterios de la verdad!

Vuelve en Italia a dedicarse a su investigación sobre Plinio, observando y experimentando las cosas por sí mismo. Al ser suprimida la Compañía, obedece humildemente y exhorta a los demás a ello. El inmenso y magnífico material de sus estudios e investigaciones se pierde desgraciadamente.

Enfermedad postrera y muerte

Era cosa evidente que Campoy había dedicado a esta empresa un intensísimo trabajo durante varios años, ya quebrantado gravemente en su salud, pero que o había despreciado aquella larga enfermedad porque la creyó leve, o la había sufrido en silencio por su admirable grandeza de ánimo. Atacado por una ligera fiebre y clavado en el lecho, recibía alegremente a cualquiera que lo visitaba, y no había nadie que sospechase la naturaleza de la fiebre. Mas al agravarse le enfermedad y al preguntar muchas cosas el médico se comprendió ya tarde

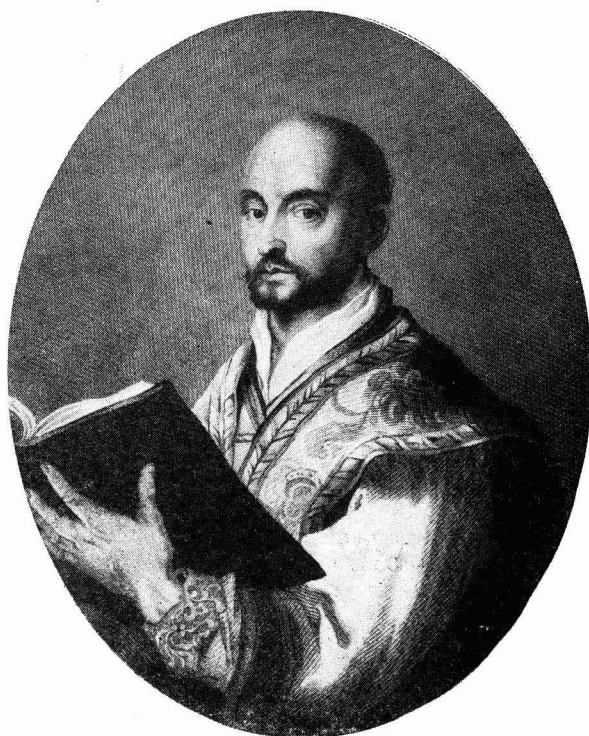
lo que el enfermo mismo no sabía o lo que había descuidado manifestar: esto es, que por la ingle se extendía la gangrena producida por humores corrompidos. Inmediatamente supo que se apresuraba a la muerte y fue confortado con los últimos sacramentos. Pero ni ante el terrible aspecto de la muerte abandonó aquella espartana fortaleza y aquella tranquila dignidad de rostro, que en otro lugar dijimos haber sido perpetua compañera de su vida. Murió cristiana y valerosamente el 29 de diciembre del año 77 del siglo que corre, y de su edad casi a la mitad del 55. Fue sepultado en el Templo Parroquial de la Virgen María, que vulgarmente llaman de la Caridad, cerca del pequeño Rhin, que divide por en medio a Bolonia.

Panegírico postrero

Quisiéramos hacer inmortal la memoria de José Rafael Campoy, principalmente por aquella razón por la que Tulio se esforzó en salvar del olvido de los hombres y del silencio el mérito de Antonio y de Craso, que, como él mismo decía, casi iba desapareciendo ya en su época: precisamente porque, así como Antonio y Craso nunca podrían ser conocidos por sus propias obras, así tampoco Campoy. En esto también era semejante a Sócrates, porque mereciendo por su eminente sabiduría ser alabado entre los más grandes hombres de su siglo, sin embargo, no nos quedan ningunos escritos suyos en que pudiese la posteridad admirar el genio de tan ilustre varón. Mas Campoy, fue digno de toda admiración por su excelso talento por el que parecía como nacido para llevar a cabo el progreso de las ciencias; pero fue aún más admirable por la extraordinaria constancia con que valerosamente se opuso al torrente de agitaciones levantadas contra él para hacerlo que siguiese el acostumbrado método de enseñar. A causa de la inclemencia de los tiempos, sucedió que el valor de sus méritos no fuera advertido por aquellos a quienes tocaba exaltarlos y honrarlos con las primeras cátedras para el bien público.

El, a pesar de todo sin ningún guía en sus estudios, sin que se le propusiera ninguna esperanza de premio, sino sólo por el deseo de saber y de adornar su mente con las bellas artes, llegó a tal renombre de sabiduría, que con todo derecho se lo puede comparar a los Franklin y a otros preclaros varones de grandeza se-

(Pasa a la pág. 31)



El libro y la acción

se llega a la belleza por aproximación: "En vano, en vano / rueda la angustia —macilento / hueco—; / en vano marcan horas fantasmas los relojes. / Inútilmente / las brújulas apuntan al ocaso".

C V.

VÍCTOR MANUEL VILLEGAS, *Hierros coloniales de Zacatecas*. Instituto de Investigaciones Estéticas. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1955. 162 pp.

Zacatecas es una de las ciudades que conservan los más bellos ejemplos de hierros forjados, que este libro ilustra con dibujos y fotografías, y los compara con ejemplares españoles correspondientes en estilo. En España el arte del hierro era ya conocido en

tiempo de los celtas. Si el cristianismo proporcionó temas numerosos, los árabes intro-

dujeron el acero y las formas musulmanas de cerrajería, y los judíos de Cataluña difun-

JOSE RAFAEL CAMPOY

(Viene de la pág. 14)

mejante, que produjo el siglo XVIII en América.

Dos de los grandes Jesuitas, Abad y Alegre, ensalzan, a través de la pluma de Maneiro, las grandes virtudes y talento extraordinario de Campoy.

Epílogo.

Hemos dicho muchas cosas acerca de las dotes de alma de Campoy y de la índole demasiado severa consigo mismo; añadiremos este solo testimonio: habiendo inflamado los ánimos de muchos Jesuitas

mexicanos para buscar una más saludable literatura; y habiendo difundido la afición por una cultura universal, sin embargo, por un obstinado silencio de todo lo suyo, vivió los diez últimos años de su vida, enfermó y murió en la más completa pobreza en la cual, empero, se conservó siempre congruente consigo mismo y como un héroe de fortaleza inquebrantable. Verdaderamente, cuando México dé a luz su historia de la restauración del buen gusto en las letras (empresa que ojalá acometiera alguno), Campoy será digno de ocupar un lugar entre los nombres más ilustres.

C. V.

REFLEJO DE MEXICO EN LA OBRA DE JOSE MORENO VILLA

(Viene de la pág. 4)

tampoco de sus dos obras sobre escultura colonial y artes plásticas mexicanas; para nuestra intención en esta breve nota es *Cornucopia de México* lo interesante. Dicho libro, escrito en un período de tiempo que cubre los dos años primeros de su estancia en México, ofrece, junto con las primeras reacciones, las ulteriores, cuando (como dice) "México va creciendo dentro de mí", cuando el autor está ya "en el período del amor a México, lo que quiere decir que ha pasado la fase de la sorpresa". Abarca ahí muchos y muy diversos aspectos mexicanos, aunque así diluya un tanto el efecto: "abarcando mucho a cambio de perder en intensidad".

El título mismo del libro, según el autor, es símbolo de la vida mexicana y por eso lo ha escogido; ya que la vida aquí le parece esencialmente "rococó": muebles, fachadas, trajes populares femeninos, charros a caballo en los paseos públicos, objetos diversos, como bandejas, pulseras, anillos, todo lo ve marcado con el sello del siglo XVIII. "México es cornucopia por todas partes: la cornucopia es resumen del rococó y producto de contrastes, de cla-

roscuro, de contradicciones". Afirma ante todo haber entrado en México "libre de prejuicios".

Respecto a la impresión tan honda y entrañable que el español puede sentir al oír su lengua hablada por otros pueblos al otro lado del mundo, dice: "Voy creyendo que los mexicanos tienen todavía, al cabo de los siglos y de los cruces, una dificultad nativa para hablar el castellano". (Es de Moreno Villa de quien hablo, no de mí; pero no puedo citar esas palabras tuyas sin indicar al margen lo opuesto de mi opinión: el castellano hablado por el pueblo mexicano me parece en ocasiones más castizo, más elegante que el del pueblo español). Ve ahí la posibilidad de que el análisis psicoanalítico hallara, en el lenguaje del pueblo, "lo que había en el fondo del alma mexicana de peculiar y obstaculizador para pronunciar el idioma adoptado hace cuatro siglos". ("Idioma aprendido", le oí decir a Moreno Villa, aludiendo al castellano hablado en general por los americanos).

El mexicano le parece "mucho más recatado y comedido" que el español; insistiendo, en su libro *La Escultura Colonial*: "El mexicano es, en su trato

y lenguaje, mucho más sereno, templado y comedido que el hombre celtibero medio. Habla bajo; modifica las frases españolas, limándoles toda forma autoritaria o impositiva; da muestras, en suma, de cierta preferencia por el aplomo, la corrección, la cortesía, hasta el punto de que un español de esos que se llaman castizos, colocado de repente en un círculo mexicano, parece un ente melodramático".

La cortesía, la galantería y la religiosidad son "tres notas muy fuertes en el carácter mexicano". "No existe el vocabulario soez que en España". En tres gestos del mexicano (para indicar dinero, señalar medida de tiempo y dar gracias) ve otros tantos rasgos de algo común en el pueblo: expresividad estática; hieratismo de raza.

Sus amistades estaban entre el medio intelectual y las clases acomodadas de la capital (véase el capítulo "En México", de su autobiografía *Vida en Claro*), pero le fascina, como a tantos extranjeros, el pueblo, el indio. El indio es "el hombre acurrucado", cuyos ojos "tienen una gran fogosidad apretada". La fortuna del indio "está unida a la quietud, a la pasividad, al en-

dieron nuevas técnicas: cincelado en el cortafío, calado y repujado. Durante el período gótico-español se construyeron hermosas rejas para las catedrales; pero la época más brillante de la cerrajería coincide con el descubrimiento de América. A principios del siglo XVI se creó el estilo plateresco, que se importó a la Nueva España, donde se aplicó el hierro artístico casi en forma exclusiva a la arquitectura, y no llegó a superar a los modelos españoles. Nuestros hierros, en su mayoría, corresponden al tipo extremeño, el más sencillo y popular de todos, y no tienen ningún influjo indígena, ya que a los nativos no les estaba permitido adiestrarse en este oficio.

simismamiento"; y surge así "la imagen de Asia". Pero no cree que México equivalga a todo lo que dicha actitud lleva consigo, porque sólo "hay que tener presente tal postura como índice étnico". En el fondo (ahí aparece el escritor influido por el 98 y por el respeto a la actividad industrial anglo-sajona) no le gusta lo que denota; porque para Moreno Villa el trabajo es "alegría", olvidando que el trabajo creador del poeta, aunque no sea remunerado, sí puede significar alegría, pero el trabajo monótono y fatigoso del pobre, siempre mal remunerado, no puede significarla.

El indio le parece triste, y frente a esa tristeza, como español que recuerda cosas pasadas, siente remordimiento, preocupación de culpabilidad: "Esa tristeza secular, cuya curación se me antoja imposible, ¿se debe a mí? No puedo creerlo... Hay razas tristes y razas fáusticas. Y aunque éstas hayan estado durante siglos sometidas por una raza dura y opuesta a sus naturales tendencias, no pierden su elasticidad, su ímpetu ni su alegría".

Le sorprende el silencio en los mercados: "El silencio del indio, sus modales suaves y finos". En